

Para otra persona sólo sería un fin de semana diferente, pero no para Jack. Uno de los objetivos que había escrito en la abstracta lista a cumplir antes de llegar a los veinticinco, incluía alquilar una cabaña aislada en los bosques que rodean al monte Katahdin, y pasar allí una noche con sus tres mejores amigos, la cuadrilla de Biddeford. Una noche envuelta en historias de terror, humo y cerveza. Lo de ser escritor de bestsellers y vivir un año en Londres, tendría que entrar ya en la de antes de los treinta.

Jack no podía ocultar la sonrisa tonta e infantil, que se le había incrustado en la cara desde que subió al Scout de Pete Logan en Portland. Precisamente era Pete, con la estéril ayuda de Harry, quien se proponía endulzar la velada con un pastel de chocolate, cuya receta era el secreto mejor guardado de la familia Logan.

-Sólo hay doce días al año que merezcan la pena. Si pudiéramos quedar más a menudo... -dijo Steven, refiriéndose al primer sábado de cada mes, reservado a la cuadrilla. Sin dejar de observar la arrítmica danza del fuego, añadió:- Como antes. Ahora, entre el curro, las novias... ¡Ah! Ya me he acabado *El retrato de Dorian Gray*. Es la hostia.

-A que sí -dijo Jack sonriendo.

-La escena del principio, la del jardín, es tan embriagadora que te dan ganas de ser maricón.

-Eh, que si hay que chupar pollas, se chupan -dijo Harry que venía con un abridor en la mano y cuatro buds en la otra.

-¡Cervecita! -exclamó Jack.

-Desde luego la noche es ideal -comentó Steven al oír un trueno que hizo temblar las ventanas.

Los relámpagos, que para Steven eran raíces de luz de árboles cósmicos, mostraban intermitentemente las frondosas cordilleras, dignas de los mejores lienzos de Haes. Jack creía

que si a Steven le substituyeran una centésima parte de su talento poético, por una parte proporcional de la voluntad y decisión de Pete, sería el Lord Byron de la era del Big Mac, y Pete, con esa centésima parte, llenaría el vacío que no ha conseguido llenar peleándose con todo y por todo.

Mientras Harry exponía sus palmas cerca del fuego, apareció Pete silbando *People strange*, de los Doors.

-¡Quitad las drogas blandas de la mesa, que aquí llega el manjar de los dioses! - exclamó Pete-. En realidad Moisés no bajó del Sinaí con las leyes de Dios, sino que lo hizo con esto, pero como se lo comió por el camino...

-Buena pinta tiene -dijo Jack apartando los cartones de Marlboro y el pedazo cenicero, que más bien parecía un bol para palomitas-. Aunque la verdad, yo creía que, sin ofender, las revelaciones divinas serían un poco más... ¿espectaculares?

Las risas comenzaron a inundar la cabaña de una atmósfera cálida y acogedora, como cuando pones el tapón en la bañera, te tumbas, y dejas que el agua caliente vaya cubriéndote con el tempo de una balada.

2

-Pero si da más miedo el pequinés de mi madre que esta historia, Harry -dijo Pete con lágrimas en la cara y expresión de dolor. Todo por las indomables carcajadas que el relato de Harry había provocado en el grupo.

-Pásame el porrito, tito -dijo Harry, que al final de la historia, decidió unirse a los demás en su interpretación humorística de *El gallo de piedra... ¡cantó!*. Ese era el título de su escalofriante creación.

-Jack, te toca -apuntó Pete-. Haber si nos giñas como aquella vez en casa de Steven. ¿Cómo se llamaba ese relato?

-¡Ah, sí! Ese en que el niño decía -y dijo Steven con voz infantil-: "¡Mamá, mamá, la genticilla del espejo me está mirando!" Desde ese día no me lavo los dientes antes de sobar.

A Harry, el único que aquella noche no había podido estar, esas palabras le erizaron hasta los pelos del culo.

-Se llamaba *La entrada al país agónico*, o algo por el estilo -aclaró Jack.

La lluvia repiqueteaba en las ventanas cada vez con más fuerza, como si miles de ratas hambrientas golpearan el cristal con sus nerviosas pezuñitas. La luz vaciló un poco, lo suficiente para que los cuatro buscaran la seguridad que mora en ojos ajenos, y mece al niño que escondemos en el cuarto de los trastos.

-Vale, vale, ya lo habéis conseguido, me he cagado encima -dijo Harry desatando las risas de la cuadrilla.

-El que es un personaje salido de tus historias es el propietario de la cabaña, ¿eh, Jack? -preguntó Pete-. Lo tendríais que ver, alto, enjuto...

-Es tan delgado -añadió Jack-, que en su rostro y en sus manos pudimos apreciar los huesos mejor que en una puta radiografía.

-¿Y sus ojos? Parecía que le hubieran extirpado los párpados -dijo Pete con un tembleque artificial.

-Por como te miraba yo diría que le ponías la guindilla dura.

Harry y Steven se echaron a reír.

-Aun no estoy tan desesperado como para alegrarme por eso, ¿o sí? -se preguntó Pete frunciendo el ceño y rascándose el mentón-. Mejor será que cambiemos de tema.

Lo que más fascinaba a la cuadrilla, era el tono en que Jack narraba sus cuentos extraordinarios. Por unos momentos parecía que el espíritu de Hoffmann, Poe o Lovecraft poseyera su mente, mutando su habitual personalidad, divertida y despreocupada, para obsequiarles con un viaje a través del tiempo y del espacio, hasta llegar a las tierras heladas

en las que sólo los locos se atreven a adentrarse. Ni siquiera pestañeaban, casi ni respiraban. Se habían abrochado los cinturones y estaban dispuestos a despegar. ¿Hacia dónde? No lo sabían, pero tenían la certeza de que sería un lugar frío, muy frío. Y Jack, entre la espesa bruma que los incontables Marlboro (y algún que otro porro) habían producido, empezó a relatar su historia.

-Hoy no os contaré ningún relato.

Pete miró a Steven arqueando una ceja, y este le respondió levantando los hombros.

-Lo que haré es explicaros los extraños acontecimientos que se manifiestan esporádicamente en estos parajes. La bestia de la noche, así es como denomina la gente que vive por estos alrededores, a la criatura que ha devorado a más de cuatrocientas personas a lo largo de los últimos ochenta años. Claro que en los medios de comunicación, esto se traduce en desapariciones sin resolver, ya que por increíble que parezca, exceptuando su primera aparición, jamás se ha encontrado ni un átomo de las personas desaparecidas, sencillamente se volatilizaron. Hubo alguien, Peter O'Brien, que vivió para poder describirla. En la madrugada del ocho de junio de mil novecientos veintidós, Peter O'Brien, al salir de la taberna de las afueras de Patten, vio algo cruzar la carretera que le hizo envejecer veinte años de golpe. Lo describió como un lobo, aunque tan grande como un oso pardo, y de movimientos rápidos y espasmódicos, como los de un reptil. Sus ojos, rojos fosfóricos, doblaban la valentía del mortal más osado, arrodillando su voluntad, haciéndole entender, que su existencia únicamente servía para saciar su apetito voraz.

Dicho lo cual, un trueno sacudió la cabaña entera. A pesar de que sus paredes eran de roble macizo, tiritaron como un recién nacido abandonado en el bosque.

-¡Joder! -gritó Harry.

Esta vez no hubo risas, algo había sacado el tapón de la bañera. Con paso lento pero firme, ese algo se acercaba al pie destapado de la confianza. No obstante, no era más que una sensación, y las sensaciones, pensó Pete, no se comen a nadie.

-Sin embargo -prosiguió Jack-, lo que contempló Jessie Carter fue mucho peor. Al día siguiente de que Peter O'Brien se cruzara con lo imposible, Jessie Carter pretendía dar la bienvenida a los Donald, los nuevos inquilinos de Morfax, una mansión tan lujosa como solitaria, situada a unos cuatro kilómetros al sur de Patten. Dicen que los gritos de Jessie llegaron hasta Oregón. Los tres miembros de la familia Donald se hallaban esparcidos por el comedor, la cabeza irreconocible de Michael, el padre, junto a la chimenea, la manita del pequeño Tim, frente al recibidor, como intentando huir de lo que acabó con el resto, y poco más, una tibia de vete a saber quien, y sangre, mirara donde mirara, Jessie veía sangre, sangre en el techo, sangre en las cortinas, sangre hasta en los antepasados, inmortalizados en los cuadros de la pared oeste de la casa, sangre, sangre, sangre.

>>El investigador que llevó el caso dictaminó que los Donald habían sido víctimas de un gran depredador. Los rumores que O'Brien sembró en la taberna la noche antes de la tragedia, rumores que hablaban de una bestia de ojos rojos, crecieron al día siguiente tras la macabra sorpresa de Jessie. Pero como Peter hacía muy buenas migas con el señor whisky, obviaron su testimonio. La investigación finalizó afirmando que un oso de gran tamaño, probablemente un oso pardo, le dio por entrar en Morfax, zamparse a sus habitantes, ¡con huesos incluidos!, y desaparecer sin dejar rastro. Por lo visto tampoco tuvieron en cuenta que en esta zona, un oso pardo es casi tan corriente como la minifalda en Afganistán. Se levantó la veda en treinta kilómetros a la redonda, y el resultado, un oso negro que apenas llegaba al metro noventa de estatura. Pero la leyenda de la bestia de la noche no había hecho más que empezar. La tasa de desaparecidos en esta pequeña porción de Maine, a lo largo de los últimos ochenta años es un cuarenta por ciento más elevada que en el resto del estado.

>>Por lo que sé, la bestia únicamente ataca a un reducido grupo de personas, es decir, que su territorio de caza son los ranchos solitarios, las mansiones perdidas, o... cabañas como esta. Aunque sea el depredador más potente que exista en nuestros días, si es que aún existe, su virtud fundamental es su astucia. Sabe que si cuatro o cinco hombres se proponen acabar con ella, es probable que lo hagan, aun a costa de que la mayoría muera en el intento. Por lo tanto, antes de saltar sobre sus presas, alimenta sus miedos, consciente que de esta forma destroza la única salida por la que podrían escapar, la fe en la manada. Así que utiliza su arma más poderosa, una que no tiene el tiburón, ni el tigre, ni el caimán. Ella no ha sido estudiada, etiquetada y clasificada, la bestia es la bestia, un monstruo que acecha en la oscuridad.

Incluso Pete, que era por así decirlo el jefe de la manada, era incapaz de dar un vistazo a alguna de las opacas ventanas. El que se enfrentó a tres cabezas rapadas que querían dar una paliza a Steven, por haberse enrollado con la novia de uno de ellos, y que lo hizo suficientemente bien como para que decidieran dejarlo en paz, rezaba para que amaneciera a las cuatro y diez de la madrugada. Si bien es cierto que aquel día ni Jack, ni Harry estaban en el Free Street, todos conocían su opción más habitual frente al peligro: "¡Corre tito, corre!". Y cuando Jack, tras una intensa calada, se disponía a reemprender el relato, Harry gritó:

-¡Habeis oído eso?

-¡Va Harry, hostia! Déjate de tonterías -le espetó Pete.

-¡Os juro por mi madre que he oído el rugido de un león! -exclamó Harry mientras veía la tez blanquecina que cogían los rostros de sus amigos-. Bueno, quizá no un rugido, ¡pero si ese ronroneo cavernoso que tienen los leones...! Aunque mucho más fuerte.

Pete, sin darse cuenta, cogió el cuchillo manchado de chocolate que utilizaron para cortar el pastel. Steven, en cambio, optó por encenderse un cigarrillo, al igual que un niño se cubre con la manta creyendo que de esa manera, el hombre del armario no le tocará con sus heladas manos.

-Me caguen Dios -dijo Pete al irse la luz.

Un relámpago iluminó la estancia. Steven fue el único que en ese instante había mirado una de las ventanas, la que se encontraba detrás de Jack.

-No pasa nada, por si acaso ya había dejado un par de velas en esta mesita... ya está - dijo Jack depositando tembloroso la vela en mitad de la mesa-. Steve...

Steven era una estatua de mármol, con la boca abierta y los ojos desorbitados, unos ojos que decían: "Si queréis conservar la cordura no miréis la ventana que está detrás de Jack."

-¿Steve estás bien? -preguntó Harry al tiempo que chasqueaba los dedos delante de su cara.

-Va no flipéis joder -se quejó Jack-. Si no son más que cuentos de vieja que se inventan los del pueblo para atraer a urbanitas.

-¿Qué has visto Steven? -preguntó Harry, evitando como los demás, la dirección que los ojos desorbitados señalaban.

-Pues a un puto ciervo -respondió Pete-. ¡Qué quieres que haya visto? ¿A la bestia? Venga hombre iros por ahí, con lo bien que nos lo estábamos pasando. Steve. ¡Steve! ¡STEVEN TIO!

-La... la he... la he visto -tartamudeó Steven.

Harry, que era el que estaba más cerca de él, vio como en la entrepierna tejana de su amigo crecía una mancha oscura a gran velocidad. ¡Tenían que subir al Scout a la voz de ya!

-Pete coge las llaves, nos vamos ahora -sentenció.

Harry nunca había hablado en ese tono, y eso asustó a Pete más que cualquier rugido.

-Está ahí fuera -dijo Steven con una mirada más apagada que la de un muerto-, acechándonos... es como Jack la ha descrito... vamos a morir.

-¡Basta! -gritó Pete con gallo incluido-. Vámonos, mañana llamaré al propietario para que nos envíe nuestras cosas.

Y a modo de ovejas asustadas, tropezando más que andando, se dirigieron justo donde quería el pastor, hacia fuera, hacia la puerta del infierno. Entonces, un alarido sobrenatural les transportó de inmediato a aquellas tierras heladas de las que Jack hablaba. Sin embargo, en esta ocasión no eran espectadores, no habían palomitas ni refrescos, ni tiempo de salvar la vida.

-¡Mamá, mamá... esto no puede pasar... quie... quie... quiero despertar! -suplicó Harry arrodillado y con la cabeza sollozando entre las piernas.

Oían la huracanada respiración del animal cerca del porche, la cual despedía un nauseabundo hedor imposible de soportar. Era como si una montaña de carne putrefacta hubiera estado encerrada durante semanas en una mohosa habitación, y alguien acabara de abrir la puerta. Pete, que se agarraba al cuchillo manchado de chocolate como si fuera la última rama de un precipicio infinito, comenzó a llorar.

3

Luchar o morir, dos palabras que Jack había escuchado en infinidad de ocasiones. A los diecisiete eran su bandera, a los veinte le pellizcaban cada vez que se empanaba imaginando el discurso que daría cuando le entregaran el Pulitzer, por una novela que ni siquiera había iniciado. A los veinticuatro le rompían la cara porque seguía soñando, entreabriendo los ojos sólo cuando quedaba con la cuadrilla, con la intención de embarcarles rumbo al Polo Negro. Luchar o morir, en esos momentos sencillamente las entendió.

-Escuchad -susurró Jack-. Ir a la cocina, coger los cuchillos más grandes, y volver...

El ronroneo cavernoso del que Harry les informó minutos antes, hizo vibrar el cuerpo de Pete, cuya espalda reposaba en la madera maciza de la puerta.

-Ahora -ordenó Jack arrebatando el cuchillo a Pete.

Todos corrieron hacia la cocina excepto Jack, el cual tenía serias dudas sobre el cumplimiento de las órdenes dadas, sabía que iban, pero no tenía tan claro que hubieran asimilado la segunda parte. El estruendo metálico proveniente de la cocina garabateó una estrella fugaz en el corazón de Jack. Sí, la cuadrilla funcionaba mejor que nunca. ¡Ahí estaban, corriendo hacia él con un par de cuchillos cada uno y un par de cojones!

Pero... nada. Sólo el castañetear de los dientes de Harry, y el inspirar y espirar de perro de Steven, erosionaban aquel afilado silencio. A pesar de tener la muerte a menos de un parpadeo, sintieron el latido de la vida con una fuerza que sobrepasaba el lindar de lo humano. Cuando Harry se dio cuenta de que una tenue luz azulada había substituido el asfixiante negro en las dos pequeñas ventanas del comedor, no pudo evitar decir:

-Dios mío gracias.

Una sonrisa ilógica brotó de sus labios marfil, mamá había llegado, la bestia ya podía empezar a temblar. La luz azul y el solitario canto de una perdiz, obsequiaron a Pete, Steven, Harry y Jack, con la sensación que debió tener la tripulación de la Santa María al divisar tierra. Sus fuerzas se multiplicaron por diez, esos cuchillos de cocina eran misiles tierra-aire, y ellos, rangers de élite.

-Voy a abrir, ¿de acuerdo? -preguntó Jack.

Todos asintieron, y sin tiempo para reflexionar (o para acojonarse), Jack se vio abriendo la puerta.

-¡AH! -gritó mientras apuñalaba varias veces al aire.

Nada. Asomaron la cabeza en repetidas ocasiones, nada. Al principio ni la sacaban, luego, sin que observaran nada anormal, volvían a su guarida como si la imagen que captaba su retina en un segundo, tardara dos en ser revelada al cerebro. Ni rastro de aquel demonio. La fresca brisa matutina, que aún es más fresca tras la tormenta, alivió sus rostros empapados en sudor frío. Se miraron, y sin mediar palabra decidieron traspasar el umbral. Parecían

astronautas saliendo de su arcaica cápsula espacial. Despacio, y con la tensión de una manada amenazada, fueron explorando el nuevo mundo. En otras circunstancias se encerrarían a cal y canto en su cabaña alquilada, después de ver a un oso negro merodear a escasos doscientos metros de donde se hallaban. Pero entre la bestia y el oso, había una distancia inalcanzable para la razón. Risas salvajes se fundieron en fuertes abrazos, de esos en los que algo mucho más duradero que el cuerpo entra en contacto.

-A partir de ahora, cuando quedemos sólo se hablará de tías y de béisbol, ¿vale? -dijo Steven intercalando la risa histérica con el llanto más primario.

Si en aquel instante se hubieran ido sin darse la vuelta, habrían podido dormir tranquilos el resto de sus vidas, pero no lo hicieron. En uno de los lados de la cabaña, el que daba al precipicio, tumbado en la hierba en posición fetal, un anciano desnudo, demasiado cansado para huir. Un anciano que Jack y Pete reconocieron como el propietario de la cabaña, y como más tarde averiguaron, de las cabañas y mansiones de la zona, las cuales alquilaba a urbanitas ansiosos por oír en las tranquilas noches del campo, el aullido de la bestia. Su mirada pedía clemencia, pero sus ojos rojos fosfóricos le delataban.

¿Que qué hicieron? Si esto fuera un cuento habrían acabado con aquella diabólica criatura, sin embargo, hicieron lo que todos haríamos, coger el coche, pisar el acelerador, y con el paso del tiempo modificar lentamente la historia para lavar sus conciencias.

Transcurrido un mes, la bestia era el oso y el viejo un perturbado más, pasados dos, se desvanecieron los exiguos reflejos del mundo helado, donde hallaron el calor más intenso y duradero de sus intrascendentes existencias. Realizaron todo lo necesario para recobrar la serenidad corrompida. No obstante, aquellos ojos rojos les despiertan cada noche bañados en sudor, con el corazón desbocado, y sintiendo que si no encuentran el interruptor enseguida, la bestia los devorará.

Fin

